

Espléndida fiesta obrera en la ciudad de Alajuela, dedicada á los señores Delegados por la "Sociedad Obrera Alajuelense"

Cada vez que se organiza un núcleo de valientes é independientes ciudadanos artesanos, como el que ostenta la unión obrera de Costa Rica, se respira en todos los ambientes de independencia de cada valiente artesano, el chispeante fulgor de sus ideales y su bondad sincera.

Una prueba palpante de todas estas evoluciones de la democracia, fué el espléndido recibimiento que los obreros alajuelenses supieron dar el día seis del corriente á los expedicionarios de la igualdad, el derecho y la razón, en la bella cruzada que hoy emprenden los obreros de las Repúblicas Centroamericanas representadas tan dignamente por los señores don Rafael Maradiaga, Honduras; don Leopoldo Valencia, El Salvador; don Julio Padilla, Guatemala; y don Juan Honorato Carrillo, Costa Rica.

A la llegada del convoy que conducía á los misioneros de la clase obrera, anunciada por un largo pitazo de la alegre locomotora, todos cuantos simpatizan con los próceres del trabajo acudieron á la estación á darles la más elocuente bienvenida á los simpáticos visitantes.

Acompañados de la Directiva y de numeroso público, en su totalidad obreros; de la estación se dirigieron al Centro Obrero; que espléndidamente adornado esperaba la llegada de la concurrencia. Allí después de las presentaciones de costumbre fueron obsequiados con una copa de coñac, y fué en donde por primera vez dejó oír su voz palpante el señor Valencia, Delegado por El Salvador.

A las 12 m. fueron obsequiados con un espléndido almuerzo los señores Delegados y la Comisión. Sentáronse á la mesa los señores Delegados; don Ruperto Sáenz, Presidente de la Sociedad de Trabajadores de San José; don Manuel Roldán, don Rogelio Flores C., don Ramón Rivera, don Guillermo Casasola A., don Salomón Castro, don Celedonio Alvarez, don Ezequiel Fonseca y don Juan R. Ugalde. Reinó gran entusiasmo, hubieron brindis con frases patrióticas y llenas de elocuente sinceridad.

Después del almuerzo visitaron algunos edificios y lugares públicos; entre ellos el Parque y la Estatua del inmortal héroe defensor de la Patria Juan Santa María, á continuación el Parque Central donde se encuentra la estatua de don León Fernández, uno

de nuestros recordados compatriotas, después visitaron el Palacio Municipal, el Cuartel Principal la Biblioteca, el Hospital de San Rafael institución que fué objeto de merecidos elogios de los señores Representantes Centroamericanos.

En la noche se dejó ver el salón del Centro Obrero brillantemente alumbrado y decorado con las banderas de las cinco Repúblicas, flores, dos retratos aparecían en el salón, don Carlos Alvarado Barroeta muerto en la campaña filibustera, y don Miguel, del mismo apellido que como oficial peleó también en la misma causa. Daban lucidez á la fiesta un sinnúmero de simpáticas señoritas.

A las 9 de la noche numerosa concurrencia invadió los salones del Centro y su alrededor; se dió principio á la recepción, haciendo uso de la palabra el señor don Ricardo Castaing, quien presentó los señores Delegados á la concurrencia. Con frases expresivas llenas de altos ideales por la unión obrera, hicieron su saludo los señores Delegados.

También hicieron uso de la palabra los señores Juan R. Ugalde, Tomás León, Juan M. Cordero, Félix Quesada Víctor M. Hernández y Octavio Montero. Fueron aplaudidos con entusiasmo.

Después de un brindis en general, dió principio la artística orquesta de nuestro amigo Ronulfo Arroyo, tocando un escogido vals. Deslizáronse danzando las simpáticas parejas.

Reinó en el baile gran entusiasmo, donde se departió la fraternidad y cariño entre los obreros.

Concluyó la fiesta al salir el alba de otro día, despidiéndose la concurrencia llena de regocijo, llevando los Delegados y visitantes josefinos un gran recuerdo y agradecimiento de tan espléndida fiesta.

No concluiremos, sin manifestar en nombre de la "Sociedad de Trabajadores", señores Delegados y el nuestro, la gratitud que guardamos á la "Sociedad Obrera Alajuelense" y Directiva en general, por el sinnúmero de atenciones que se sirvieron guardarnos.

HOJA OBRERA se complace en felicitar la Sociedad Obrera Alajuelense, deseándole eterna vida, llena de indisoluble unión fraternal, envuelta en la igualdad y solidaridad sincera de los obreros.

Conferencia

Dada por el Licenciado don Claudio Gonzalez Rucavado, en la Sociedad de Trabajadores

(Concluye)

Nuestras ciudades eran muy humildes caseríos —no podría llamarles de otro modo—y, á ellas, entraban los campesinos en mangas de camisa y las mujeres con el pecho y los brazos desnudos. Las calles con declives hacia el centro se cubrían de yerba y dejaban discurrir perezosamente las aguas sucias del servicio doméstico; y cuando caían aguaceros se llenaban formando á modo de ríos que sólo en botes hubieran podido atravesarse

cual si estuviésemos en los canales de la antigua Venecia. En las noches sin luna, recuerdo yo los tristes faroles clavados en una que otra esquina, con los vidrios rotos, despidiendo una pobre claridad. A las seis de la tarde el lamparero, escalera al hombro, un trapo y una lata de *cañón* en la mano iba de poste en poste encendiendo aquellas miserables pupilas de la oscuridad. Las vías de comunicación eran pocas y los medios de locomoción lentos é incómodos. ¡Cuántos de vosotros recordaréis la diligencia! Las carretas suplían la falta de ferrocarriles, tranvías y automóviles: iban de Alajuela á Esparta y de San José á Carrillo, trayendo mercaderías y llevando frutas agrícolas para los puertos de ambos mares; entonces á

tenta distancia del mundo exterior.

Me parece estar viendo aquellas filas de carretas con ó sin carga, cuyo extremo se perdía á lo lejos, pegadas á yuntas de bueyes soñolientos, rumiando la caña que en los sesteos les daban los boyeros, caminando con su tardo paso, toda la noche, y todo el día, estimulados por el *chuzo* ó por los gritos de los carreteros cuyo eco se perdía en los montes, en las abras, en los precipicios y en las llanuras. Oigo aún el traqueteo de las ruedas de las carretas en los ejes y en las piedras, atronador, fatigoso, sobretodo por el polvo del camino y la lentitud desesperante de los viajes: hasta ocho días se gastaban para ir de San José á Puntarenas, porque si el primer carretero ú otro encontraba un obstáculo, toda la larga fila de carretas se paraba hasta que el obstáculo fuera removido. Y si el último carretero se detenía, todos le esperaban para que de la caravana no faltase uno.

El correo incipiente, apenas conocíamos el telégrafo; la antorcha esplendente de la escuela sólo brillaba en las capitales de provincia. La religión era más superstición que ética, y su culto exterior, aun en medio de un pueblo católico fervoroso dió ocasión al ridículo. ¡Cuántas veces en vez de unción y transporte espiritual, como conviene á su misión divina inspiró desacato y risas! En una ocasión, por ejemplo, agonizaba un prójimo, y fué llamado un cura para que le diera los auxilios espirituales. Acudió el sacerdote revestido con sus sacramentales vestiduras, dentro de una litera llevada á hombros por cuatro sujetos.

La litera era una caja como una torre de campanario, con dos portezuelas de ventanas y cuatro brazos de madera. Iba acompañada de vecinos, custodiada por dos faroles y dos soldados con la bayoneta calada y de una banda de instrumentos de viento. Abría la marcha un chiquillo tocando incesantemente una campanilla, y detrás de éste dos acólitos, uno con el crucifijo y otro con el incensario. Al pasar el viático por el cuartel, el centinela lo anunció al cabo de guardia y puso la rodilla en tierra. Luego la procesión cruzó por una calle en la que apareció un mozo caballero en un potro que, al ruido de la banda y del campanilleo se encabritó; el ginete echó plé á tierra, sujetó por la brida el animal y se arrodilló; pero en ese momento, más cerca el ruido, el brioso caballo se escapó parándose en las patas traseras, y dando coces desordenó el acompañamiento: las mujeres gritaron, los hombres pusieron la litera en el suelo y huyeron, los de los faroles y las bayonetas pusieron pies en polvorosa, y en un momento sólo se vió al joven tratando de contener el potro, y en media calle la litera. A éstas, el caballo, retrocediendo, llegó hasta el cajón. El sacerdote, azorado, asomó la cabeza á una de las ventanas y gritó: menguados, así desamparáis...! Pero el caballo no le dió tiempo de concluir la frase, porque, pateando, se le viene encima y tuvo que recogerse presto dentro de su litera. Por fortuna, el ginete dominó la bestia y se la llevó lejos. Luego continuó la procesión. Estas cosas han terminado. ¡Aunque lo ridículo como lo trágico será eterno entre los hombres; cualquiera que sea su civilización! Hoy al pueblo católico se administran los santos sacramentos, pero el sacerdote ocurre sin ostentación á llevar alivio al creyente en tránsito para la eternidad.

Debe, pues, Costa Rica, seguir como hasta hoy, abierta á las influencias de la civilización, que es amor á la verdad, á la justicia y á la belleza.

Con todo, muy lejos aún del ideal que para nuestra patria ha forjado nuestra mente, debemos continuar trabajando con ahínco para alcanzarlo. La cultura y el sentimiento hacen al hombre: No abandonemos ni una ni otro. Costa Rica descansa en la democracia, una democracia bien entendida. Nuestro obrero vale, y vale mucho en cuanto es ábil, cultiva su inteligencia y educa el sentimiento. En la holganza, el juego, la lujuria y la bebida está la pobreza y la decadencia de los hombres. Ningún obrero vicioso debe tener otra presunción que la de enmendar su modo de vivir. Después de enmendado estará en condiciones de ser columna de la sociedad, y de ser invencible, porque el obrero es el brazo que realiza las creaciones del hombre moderno; porque es; proteo de la industria y de la agricultura. El obrero debe empeñarse en fundar un hogar, refugio de las tormentas de su vida; y cultivarlo con tal esmero y solicitud, que pueda ser, como efectivamente lo es cuando se quiere, el jardín de sus ternuras verdaderas, el manantial de su dicha y el puerto de aguas acariciantes y tranquilas en donde eche el ancla su ancianidad.

El progreso y la felicidad del país se basan en la libertad y la justicia; y estas diosas bienhechoras se engendran, crecen, y derraman sus bendiciones en los hogares honrados y laboriosos.

DIJE

El guante

Como un corpulento madero que es indiferente en medio del espeso bosque á los embates del rudo tiempo; consistente, compacto, y á manera de atrevido titán que al continuado compás de la brisa se mese para uno y otro lado, sin alterar por eso su original lugar en donde desde niño ha permanecido; se levanta como una sola voz salvadora de uno á otro continente y de frontera á frontera el grito formidable é imponente de UNIÓN OBRERA, qué gloriosa época se le espera al mundo entero, y principalmente á las clases que han vivido oprimidas bajo el odioso cadalso de la injusticia de los grandes, de aquellos que no han tenido más mérito que un salpicado apellido de maldades y un mal adquirido capital, esos, no hay duda que caducarán con el ejemplo digno de una juventud honrada, que á medida que trascurren los tiempos, mejorará más y más, para timbre y orgullo de una generación nueva. Malditos seréis si por cuanto la intriga aguda de los oportunistas que entre vosotros también están contrarrestando los buenos y acrisolados principios de doctrina que vos llevarán á más despejados mundos de progreso, ayudarás á que con los perversos fines de esos malditos continuara por todos los siglos venideros la bochornosa posición que por vosotros han legado á ocupar una serie de pulpos cuyas miles ventosas no alcanza á llenar las aspiraciones pícaras con que ellos vienen arropados.

Hay que poner cuidado á ciertos mansos corderos que para conseguir fines rastroeros imitan á los reptiles, aun sacrificando su dignidad para alcanzar por cualquier medio el mejora-

ASERRADERO CHINCHILLA

Maderas del Pacífico

GRAN DEPOSITO DE TABLILLAS, TABLONCILLOS
TRASLAPO Y MOLDURAS DE TODAS CLASES

DIRECCIÓN: Calle de la Estación del Pacífico, al lado de don Francisco Canet.